

Letrillas



Fotografía: Rosario Murillo y Daniel Ortega. © Jack Kurtz/ZUMA Wire

POLÍTICA

Transiciones, o leyendo a Havel desde América Latina

por **Michael Reid**

Por gentileza de Sergio Ramírez y Claudia Neira Bermúdez, he tenido la suerte de participar en las dos últimas ediciones de Centroamérica Cuenta, el festival literario originado en su Nicaragua natal hace diez años que ahora se ve obligado a la itinerancia a causa de la monstruosa represión de Daniel Ortega y Rosario Murillo, la siniestra pareja presidencial de ese pobre país centroamericano.

Participar en debates sobre el drama político de Centroamérica me llevó a volver a pensar en lo que fue un tema del pasado: las transiciones a la democracia, y cómo lograrlas. Hace 45 años América Latina empezó a dar la bienvenida a la democracia y despedir a los dictadores, como protagonista importante en lo que Samuel Huntington llamó la tercera ola de democratización (que abarcó también a España).

Después de caer otra vez en dictaduras, en Nicaragua y Venezuela y seguramente pronto en El Salvador, desgraciadamente, el primer punto de la agenda política ha sido una vez más cómo emprender aquel proceso (y desde luego se aplica a Cuba, donde la tercera ola nunca llegó).

Hay lecciones relevantes en la literatura de las transiciones anteriores. Sergio Bitar y Abraham Lowenthal reunieron en *Transiciones democráticas* (2015) entrevistas con protagonistas como Felipe González, Patricio Aylwin, Ricardo Lagos y Ernesto Zedillo, que sugieren sobre todo dos: la importancia de unir a las fuerzas de oposición y de intentar dividir al régimen dictatorial, dialogando con sus palomas y aislando a sus halcones.

La incapacidad de la oposición venezolana, siempre enfrascada en luchas pequeñas entre egos grandes, de hacer caso a esas lecciones durante los últimos veinte años es una de las razones de su fracaso (hay otras, como la ayuda de la inteligencia cubana al régimen y la cínica pasividad de este frente al éxodo de más de seis millones de sus ciudadanos). Ahora, en teoría por lo menos, la oposición tiene otra oportunidad en la elección presidencial que el gobierno de Nicolás Maduro se ha comprometido a llevar a cabo en el segundo trimestre del año entrante. Contra todo, la oposición logró hacer una primaria en la que votaron más de dos millones de venezolanos, dando su apoyo a María Corina Machado con un porcentaje de 92%.

Hay un detalle, por supuesto: la candidata está sujeta a una

inhabilitación espuria que le impide serlo. Hay que esperar que la estrategia de la administración Biden de zanahoria (levantamiento parcial de sanciones) y palo (amenaza de volver a imponerlas) funcione para permitir que Machado participe. En su defecto, ella tendría que nombrar a un representante.

La elección de octubre en Polonia ofrece otro ejemplo. La coalición democrática opositora dirigida por Donald Tusk logró derrotar al régimen populista del partido derechista Ley y Justicia (PiS, por sus iniciales en polaco) a pesar de que estuvo ocho años en el poder, tiempo en que copó las instituciones con su gente. Con una campaña incansable de meses de mítines, la oposición logró movilizar a gran número de polacos: la participación de un 74% fue un récord histórico.

Claro, siempre ayuda tener “un héroe de la retirada”, para usar el término acuñado por Hans Magnus Enzensberger: un líder del sistema que facilita la transición, como Adolfo Suárez en España, Zedillo en México o F. W. de Klerk en Sudáfrica. Hasta ahora, no se vislumbra un equivalente en Venezuela. En Polonia la presión de la Unión Europea, que suspendió 35 billones de euros en ayudas por los atropellos al Estado de derecho del PiS, sin duda ayudó a la oposición. Habrá que ver si Estados Unidos logra lo mismo en Venezuela. Hay motivos para el escepticismo, pero no para perder la esperanza.

A pesar de todo, el régimen de Hugo Chávez y de Maduro no ha conseguido imponer un sistema totalitario en Venezuela. Hay vestigios de una sociedad abierta. Eso no ocurre en Nicaragua ni en Cuba, donde la represión no deja ningún espacio para una oposición política organizada. En estos países tal vez las lecciones relevantes vienen de las transiciones anteriores en Europa central y oriental, de regímenes estalinistas a la democracia con la caída de la Unión Soviética.

Václav Havel, un gran dramaturgo y pensador liberal checoslovaco, analizó las complicidades que exigieron y recibieron estos regímenes de sus ciudadanos. En *El poder de los sin poder*, un libro publicado clandestinamente en 1978, Havel argumentaba que el estalinismo se sostuvo no solo gracias a la represión y su capacidad de vigilancia (por ejemplo, la Stasi, la notoria policía política de Alemania Oriental) sino también a su ideología.

Esa ideología funcionaba como una “religión laica” basada en la hipocresía y las mentiras. Crea “un puente de excusas entre el sistema y el individuo” en “un mundo de apariencias que fingen ser realidad”, simbolizado para Havel en un vendedor de verduras que pone en la vitrina de su tienda un cartel que reza “Trabajadores del mundo, uníos” como un acto de conformismo con el sistema, no de convicción. Cuando Havel escribe que “la virtuosidad del ritual se vuelve más importante que la realidad que esconde” uno piensa en los actos públicos del comunismo cubano o el sandinismo.

El sistema exige “vivir en la mentira”, escribe Havel, y frente a eso la respuesta más efectiva es “vivir en la verdad”, una resistencia moral que con el tiempo podría fomentar la articulación de una sociedad civil y una cultura alternativa desde abajo. Por realizar actividades culturales disidentes, Havel pasó casi cuatro años en la cárcel. Pero meses después de la caída del muro de Berlín, se convirtió en el primer presidente electo de la Checoslovaquia democrática y una referencia moral en Europa.

Nada de esto es fácil: los finales felices no están garantizados. Pero tal vez es el único camino. En Nicaragua, Rolando Álvarez, obispo de Matagalpa, sentenciado a veintiséis años de cárcel, está “viviendo en la verdad”. También lo está haciendo lo que queda de la oposición cultural cubana. Aunque sea desde el exilio, Centroamérica Cuenta es una forma

de “vivir en la verdad” que tiene sus ecos en Nicaragua. Como dijo Havel, nunca se sabe qué gota, y cuándo, hace que el vaso rebose. ~

MICHAEL REID es escritor y periodista. Su último libro es *Spain: The trials and triumphs of a modern European country* (Yale University Press, 2023).

MÚSICA

Adorno y el arte del futuro

por **Ibsen Martínez**

Wendell Kretschmar fue un músico y conferencista tartamudo, una criatura novelesca de Thomas Mann por boca de quien, en los tramos iniciales de su prodigioso *Doktor Faustus*, habla nada menos que el profesor Theodor W. Adorno.

Adorno figura —más bien aparece y desaparece, como lo haría Scarbo, el duendecillo malvado del *Gaspard de la nuit* de Maurice Ravel— en los persuasivos ensayos de *El arte del futuro* (Debate, 2022), meditados y escritos admirablemente por Félix de Azúa.

El Adorno que entra y sale de estos textos es tan inquietante y escapadizo como el grotesco personaje fantaseado por el simbolista Aloysius Bertrand cuyo poema en prosa famosamente inspiró la *suite* Ravel.

Entre los logros de este libro singularísimo está el de saber mostrarnos a Adorno como insospechado responsable de que el siglo XXI sea, en palabras de Azúa, “el primero en la historia de la humanidad que no escucha su propia música, sino la de sus antepasados”. La selección ofrece once ensayos publicados en el curso de años, muchos de ellos en muy selectas publicaciones especializadas.



Fotografía: Wikimedia Commons

El más sólido es el que Azúa dedica a Anton Bruckner.

El libro recoge, además, artículos, polémicas y reseñas que, en conjunto, ordenan la amabilidad con que Azúa nos allega su nutritiva heterodoxia en torno a figuras y temas tan dispares como Glenn Gould, George Steiner, el *Viaje de invierno* de Schubert, Pío Baroja, Natalia Gutman, Wilhelm Furtwängler, Shostakóvich, el *streaming* o Leonard Bernstein. Destaco *La música callada*, donde Azúa se ocupa del asunto que da título a su libro. “De todas las artes —señala—, es la que mejor se ha adaptado a la tecnología del simulacro, la única capaz de producir infinitas copias y mantener, al mismo tiempo, el original, la música en directo.” Esta sumisión de la música a la técnica le permite mantener intacto lo que Azúa llama “el soberbio galeón centenario del concierto”.

La elegancia y certidumbre que Azúa infunde a estas meditaciones sobre nuestro tiempo emana de su censura a lo que llama “vanguardia

dogmática”, que, a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial y al influjo fundamental de las ideas de Adorno sobre el pasado y futuro de la música y su función como recurso “contra la alienación capitalista”, logró esterilizar el debate intelectual sobre las formas y estragar el gusto de los programadores de las salas de concierto. Sus dirigentes dictaminaron durante décadas qué podía ser verdadera música y qué tan solo banal entretenimiento para las masas alienadas.

Nada menos que George Steiner incluyó a Adorno en su lista corta de cimas del pensamiento que, según él, nos han dicho algo nuevo o definitivo sobre lo que es la música. La constelación de Steiner es esta: San Agustín, Rousseau, Kierkegaard, Schopenhauer, Nietzsche... y Adorno. ¡Adorno, que despachaba el jazz como forma bastarda y alienante y pensaba que la técnica de la fuga bachiana refleja la racionalización laboral impuesta por la burguesía preindustrial! Hablamos, sin embargo, del mismo pensador que

FÉLIX DE AZÚA
EL ARTE DEL FUTURO. ENSAYOS SOBRE
MÚSICA
Barcelona, Debate, 2022, 304 pp.

Thomas Mann escogió como consejero en julio de 1943, mientras se aprestaba a acometer la *Vida del compositor alemán Adrian Leverkühn*, narrada por un amigo.

Tal como Mann lo cuenta en *La novela de una novela*, crónica del tiempo de guerra en que escribió *Doktor Faustus*, su amistad con Adorno comenzó con el préstamo que el filósofo-compositor le hizo de un libro del fenomenólogo Julius Bahle sobre los mecanismos de la creación musical. Muy pronto, Adorno le dio a leer también su tratado sobre la filosofía de la música moderna. Allí encontró Mann un pensamiento crítico que “tenía una singular afinidad con la idea de mi obra, con la *composición* en que yo vivía y me afanaba. En mí surgió la decisión: ‘Este es mi hombre.’”

En aquel manuscrito, Adorno exponía la técnica dodecafónica de Arnold Schönberg que Mann atribuye a su héroe, Leverkühn. Las ideas del profesor sobre el lenguaje tonal de Beethoven también informan las conferencias de Kretschmar, el organista tartamudo.

“Como es sabido —nos recuerda Azúa—, Mann recibió toda la información sobre el dodecafonismo de Theodor W. Adorno y cuando se publicó la novela estalló uno de los conflictos más ridículos en la historia de la música y la literatura: Schönberg se enfadó con Mann, este le echó la culpa a Adorno, entonces Schönberg se enfadó con Adorno y este con Mann.” Ante un gresca entre Schönberg y Adorno, amigos, me quedo con el entrañable Wendell Kretschmar, el organista entusiasta y tartamudo. ~

IBSEN MARTÍNEZ es escritor. Su libro más reciente es *Oil story* (Tusquets, 2023).

Jon Fosse, una dramaturgia de paisaje

por Verónica Bujeiro

Tras una serie de malas experiencias como espectador, el dramaturgo noruego Jon Fosse (Haugesund, 1959) juró nunca volver a pisar un teatro. Sin embargo, años más tarde le recomendaron escribir una pieza escénica y, para su sorpresa, el medio le pareció el más adecuado para la manifestación de su escritura; la economía expresiva que requiere el arte dramático, sus posibilidades conceptuales, así como el uso práctico y simbólico de los silencios se ajustaban a su impronta creativa. Esto encuentra concordancia cabal con el veredicto de su recién concedido Premio Nobel, al afirmar que su obra narrativa y dramática “da voz a lo indecible”.

Semejante declaración provoca intriga a quien desconoce su obra, aunque se puede recurrir a la aseveración de Arthur Miller cuando dice que el verdadero drama sucede entre las grietas de lo que acontece. Si bien el dramaturgo norteamericano no es citado como influencia de este prominente autor, el más representado en la comunidad europea en 2013, su estilo está directamente atravesado por la herencia de Harold Pinter por el uso del silencio como arma expresiva, de Thomas Bernhard —quien hizo del verso libre una musicalidad escénica particular—, así como el ascetismo expresivo de Samuel Beckett y, desde luego, Henrik Ibsen, a quien reconoce como el verdadero poeta de las tinieblas.

Ya desde su primera obra, *Alguien va a venir* —considerada por el autor como una respuesta directa a *Esperando*

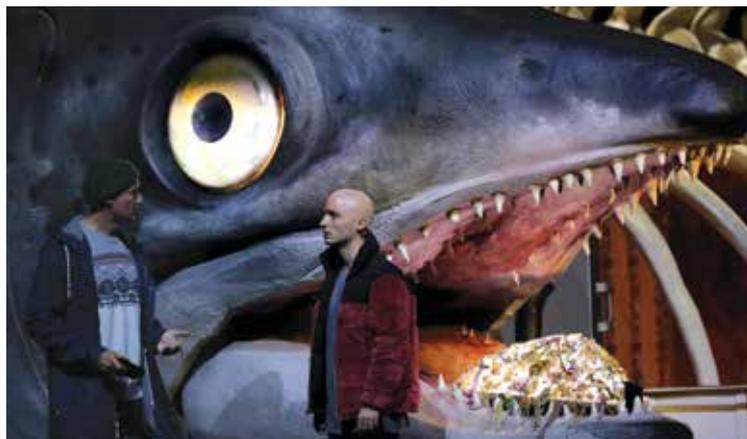
a Godot, en donde una pareja se aleja de todo para estar juntos y aguarda la amenaza de interrumpir su idilio por un otro que efectivamente llega—, Fosse decreta una idea sobre el teatro con temas y formas que van perfilando un núcleo de preocupaciones recurrentes. Estas se encuentran determinadas por un existencialismo que conjunta la filosofía del lenguaje y un temperamento absolutamente impregnado por su geografía natal y fe religiosa.

Su estilo dista de ejecutarse bajo una pauta abstracta y nos presenta situaciones en las que abundan personajes regularmente sin nombre y hechos tan cotidianos como esperar una visita familiar o a un hijo, ir a la tienda, perder a un perro, estar absorto frente a un ventanal, encontrarse anclado a una adicción o, simplemente, mostrar la inercia de la convivencia diaria. Todo se expone bajo una aparente simpleza en la que breves atisbos dan cuenta de una corriente interna de conflictos insondables que por lo regular evaden ir hacia un final o una conclusión definitiva a lo que presentan.

Como buen retratista, Fosse impone sobre toda escena concurrida una

distancia que provoca una suerte de realidad intensificada, en donde, más que exagerar toda acción por medio del simulacro que ejerce el lenguaje o los recursos mal entendidos del drama, desnuda hasta el esqueleto las motivaciones reales de sus personajes por medio de frases austeras que parecen indicar la expresión de un coloquialismo local en obras como *La noche canta sus canciones*, *El hijo* y *Los perros muertos* o en la absoluta frugalidad comunicativa de *Libertad* o *Yo soy el viento*, en donde los temas de decisiones vitales o el enfrentamiento con el otro se reducen a intercambios verbales que asemejan un silogismo lógico puesto en acción. El uso de esta economía lingüística evidencia el impacto que el filósofo austriaco Ludwig Wittgenstein tiene sobre el autor nórdico, pues justamente es reconocido por sus reflexiones acerca del lenguaje como un disfraz que distancia al pensamiento de sus objetivos reales, así como la imposibilidad de enunciación ante lo inefable acuñada en una de sus frases más representativas: “de lo que no se puede hablar hay que callar”.

Fosse forja la tensión dramática de sus obras a partir de este tipo de preceptos filosóficos, estableciendo el



Fotografía: *Sleepless. Opera ballad in two acts* con música de Peter Eötvös, basada en una obra de Jon Fosse

contrasentido de expresar lo inexpressable con un deliberado uso del silencio que, más que un ritmo, provoca una densidad palpable sobre los individuos y las atmósferas. Esto también permite que se transmita la oscuridad latente del paisaje invernal, con ese anhelo de luz y una gélida quietud dramática que ofrecen una refracción del paisaje nórdico. Se podría aseverar, sin pecar de exageración, que las obras dramáticas de Fosse poseen una temperatura muy específica.

Debido al foco que le ha puesto últimamente el prestigiado galardón, se ha hablado mucho de su faceta como creyente de la religión católica, particularmente con una frase proférica por él mismo que ya casi se ha convertido en su eslogan publicitario: “Escribir es como rezar.” Trazas de esta adscripción, gracias a la cual algunos críticos lo encasillan dentro de un denominado realismo místico, pueden vincularse a su propensión al silencio (derivada de una infancia dentro de la práctica en la fe de los cuáqueros), su respeto e integración natural de la geografía a su temperamento artístico, así como el empleo de la reiteración como un auténtico mantra y escudo para los temores del alma que exhiben sus personajes. Obras como *Rambuku*, acaso uno de sus ejercicios más simbólicos, ofrecen a su vez una excursión pragmática por la idea de la promesa de un cielo ante una pareja de ancianos que están listos para morir y aspiran a alcanzar aquel estado inerte y luminoso a cambio de la vida que no supieron vivir en conjunto.

Es de suma relevancia que el Premio Nobel se haya decantado por un autor dramático, ya que suele no interesarse por este género; el último galardonado fue Harold Pinter en 2005. Usualmente el reflector que ofrece permite revisar al autor electo al menos por el año que dure su reinado, en el caso de Jon Fosse queda por verse si este interés puede traspasar a los escenarios. Al menos en Iberoamérica, en donde si

bien ha sido representado por directores como el argentino Daniel Veronese y en México por Jorge Vargas y Juan Manuel García Belmonte, queda una tarea escénica pendiente que de igual modo apela a la necesidad por una traducción de la mayor parte de sus obras teatrales, ya que solo se cuenta con el volumen publicado en 2011 por la editorial argentina Colihue.

Para quienes no hemos tenido la oportunidad de ver su obra representada, provoca expectación la resolución escénica que pueda tener este prominente autor con ese estilo astringente y minimalista que bien puede captar la atención de nuevas audiencias si se considera atentamente la complejidad de su universo. La obra dramática de Jon Fosse dista de ser una experiencia de entretenimiento, pues busca provocar en el medio teatral una ruptura con el tiempo cotidiano que ofrenda un riguroso ejercicio acerca de la conciencia de lo que implica estar vivo. ~

VERÓNICA BUJEIRO es dramaturga, docente y crítica de teatro. Actualmente es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte de México.

MÚSICA

It's Britney, bitch

por **Eduardo Huchín Sosa**

*I need to make mistakes
just to learn who I am.*
“Overprotected” (2001)

El 9 de septiembre de 2007, yo trabajaba en un periódico y la tele de la oficina transmitía la ceremonia de los MTV Video Music Awards, con la intención de que la redactora de espectáculos pudiera hacer

una nota. De aquella noche solo recuerdo el grito adolorido de uno de los diseñadores, fan devoto de Britney Spears, que no pudo disimular su espanto frente al número musical de “Gimme more”, en el que una Britney con el rostro desencajado deambulaba por el escenario sin dejar asomar algo que pudiera considerarse un paso de baile. Casi de inmediato, aquel *show* pasó a la historia como el punto de quiebre en el que la cantante más exitosa de los dos miles se abismó a una espiral de locura que incluyó excesos, peleas con los paparazis, una memorable foto con el pelo rapado a cero y escasas apariciones en el *bit parade*. A decir de algunas fuentes, hasta la acreditada Associated Press preparó un obituario de Britney “por si acaso” después de la desastrosa actuación.

Quince años más tarde, la historia terminó por reivindicar a la llamada “princesa del pop”, que no fue más el mal ejemplo que publicitaron padres y tabloides para convertirse en un modelo de lucha por la autonomía y la emancipación. *La mujer que soy*, sus bien pagadas memorias recién salidas del horno, confirma un cambio de época en el que se habla más, y con mayor empatía, sobre la salud mental, los abusos de los medios masivos y la dignidad que se merecen incluso las personas famosas. El libro aparece dos años después de que un tribunal extinguiera el control que no solo su padre sino un ejército de abogados, médicos y terapeutas ejerció sobre la cantante por más de una década, y, si bien busca abarcar su niñez, su ascenso como superestrella internacional gracias a su álbum *Baby one more time* (1999) —cuando todavía era menor de edad—, y sus relaciones con Justin Timberlake y Kevin Federline —con quien tuvo dos hijos—, es claro que los primeros veinticinco años se despachan con cierta prisa para llegar con rapidez a 2008, la fecha en que su situación adquirió un tono dramático y se podría decir orwelliano.

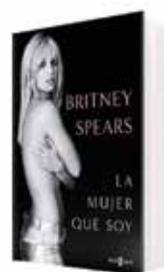


Fotografía: Protesta de fanáticos en Hollywood pertenecientes al movimiento #FreeBritney en 2019. Mike Maguire

Lo que su madre, Lynne Spears, había descrito en su temprano libro *Through the storm* (2008) como “la historia de una sencilla mujer sureña cuya familia quedó atrapada en un tornado llamado fama” resultó ser una verdad a medias. Si en aquel testimonio la señora Lynne detalló los sufrimientos de tener una prole demasiado pública, entre ellos el horror que le había provocado ver a su adorable hija trasquilarse el pelo como personaje de *Mujercitas*, en *La mujer que soy* Britney deja en evidencia que buena parte de ese dolor había sido responsabilidad de la misma Lynne y del resto de su familia: Jamie Spears, Bryan y Jamie Lynn. En el fatídico 2008, una serie de escándalos alimentados por la prensa —y que hicieron dudar a media humanidad de la cordura de Britney— le otorgó a Jamie Spears, su padre alcohólico y desempleado, el pretexto ideal para solicitar una “curatela”, una inconcebible figura legal destinada a las personas que no pueden valerse por sí mismas. La Corte del condado de Los Ángeles puso los bienes de la cantante, pero también su individualidad, bajo el control del señor Spears y de un abogado, juro que esto es cierto,

de apellido Wallet (en inglés, ‘billetera’). De acuerdo con un tribunal, Britney no estaba en condiciones de tomar decisiones que involucraran sus ganancias, su alimentación o sus hábitos cotidianos, de modo que el señor Billetera trabajaba básicamente para mantener a Britney alejada de su propio dinero, mientras el padre imponía —a través de un equipo de seguridad que revisaba la ausencia de alcohol en sus reuniones, citas románticas que no podían llevarse a cabo sin antes conocer el historial médico de los pretendientes y micrófonos escondidos en su domicilio— un régimen de vigilancia que habría sido la envidia de cualquier gobierno totalitario.

Lo que inicialmente iba a ser una custodia excepcional de pocos meses se fue extendiendo, con el beneplácito de padres, hermanos y demás gente involucrada, en un sometimiento de trece años, tiempo en el que Britney nunca dejó de trabajar ni de pagarles a todos, incluido el personal que la mantenía a raya sin su consentimiento. Privada de su intimidad, de la comida chatarra que le gustaba y de las decisiones creativas sobre su obra —en los casi 250 conciertos que ofreció en Las Vegas entre 2013 y 2017, tenía



BRITNEY SPEARS
LA MUJER QUE SOY

Traducción de Verónica Canales Medina, Noemí Risco Mateo y Marta de Bru de Sala i Martí
Barcelona, Plaza & Janés, 2023, 380 pp.

prohibido intervenir canciones, sugerir arreglos o cambiar las rutinas de baile—, Britney empezó a sentir que su cuerpo “no le pertenecía”, un convencimiento que, de una u otra manera, va ganando resonancia a lo largo de *La mujer que soy*.

Ese despojo se fue incubando desde tiempo atrás y explica en retrospectiva su desangelada presencia en los MTV Video Music Awards de 2007: “No quería hacerlo, pero mi equipo me presionaba para dejarme ver y demostrarle al mundo que estaba bien —en otras palabras: para redimirse de la célebre afeitada—. El único problema de ese plan era el siguiente: yo no estaba bien”, asegura en su libro. Por si fuera poco, los temas de juega, las letras sobre promiscuidad e incluso el simple grito de guerra (*It’s Britney, bitch*) con el que iniciaba su álbum *Blackout*, de ese mismo año, fueron un regalo para sus detractores. La imagen propagada por los paparazis de una mujer que disfrutaba largas noches de libertinaje al lado de sus amigas Paris Hilton y Lindsay Lohan, sin importarle un carajo sus hijos, la persiguió a partir de entonces y le impidió cosechar los frutos de la que consideraba su mejor producción. Aunque *Blackout* ofrecía algo parecido a la experimentación, gracias a los sonidos oscuros y voces distorsionadas que la alejaban de las cursis baladas de sus primeros discos, Britney “tenía la sensación de que la gente solo quería

hablar de una cosa: de si era o no una buena madre. Y no de cómo había conseguido producir un álbum tan potente mientras sostenía a dos bebés en las caderas y era perseguida por docenas de hombres peligrosos un día sí y el otro también”.

El juicio de los medios —como el de la reportera de la *Rolling Stone* que sentenció que Britney “no era más la novia de Estados Unidos” porque se había convertido “en una especie de pantano endogámico, que fuma sin parar, no se arregla las uñas y le responde a gritos a la gente que le pide fotos para sus hermanas pequeñas”— confirmaba la apreciación de la cantante de haber estado demasiado tiempo a disposición de los demás. De ahí que el cese de la curatela en noviembre de 2021 le dé a su autobiografía un toque de esperanza entre tanto drama, en especial si su madre se había curado en salud más de una década antes con *Through the storm* (en donde admite, con cierto cinismo: “Si buscas un manual para padres, este es el libro equivocado”) y hasta su hermana menor Jamie Lynn había publicado el año pasado sus propias memorias de celebridad fallida, *Things I should have said*, en las que se negaba a “sentirme culpable por cosas que no había hecho” y aseguraba haber “pasado la mayor parte de mi vida protegiendo a Britney, incluso si no era lo mejor para mí”.

Con esos elementos a la mano, el lector extraña —en un testimonio, como *La mujer que soy*, que pretende dar un carpetazo final al asunto— que la princesa del pop dedique tan poco espacio a su experiencia como artista infantil, a mi modo de ver el momento clave para explicar los sucesos posteriores. Si bien admite que una parte de ella ha sido muy exigente en sus responsabilidades de persona adulta mientras otra parecía arrastrarla de nuevo hacia la niñez, Britney no es capaz de ver en su etapa de chiquilla crecida en Luisiana, en el llamado

“cinturón bíblico” de Estados Unidos cuya constante es la sumisión a una autoridad sobrehumana que vela por el propio bien, y formada a los doce años en el programa de televisión *El club de Mickey Mouse*, cuyas estrellas recibían un entrenamiento, más bien un moldeamiento, a gusto de la compañía para poder representar sus valores fuera de los foros, una falta de libertades y derechos que tiempo después se reproduciría casi con exactitud en el periodo más oscuro de su vida. Uno tiene que ir a otras fuentes —alguna de las numerosas biografías disponibles desde hace mucho, como la de Christopher Heard *Little girl lost* (2010)— para llenar esos vacíos y conjeturar que acaso Britney no advierta esos problemas porque ha llegado a considerar la formación cristiana y profesional de sus primeros años una parte entrañable de su personalidad.

Lo que sí muestra la cantante a lo largo de *La mujer que soy* es una particular agudeza a la hora de describir los efectos de la curatela como algo que podría verse en una película de terror, digamos *La invasión de los ladrones de cuerpos*. En una de las escenas centrales de su libro, Britney relata que se había acostumbrado a acumular facturas en un cuenco de su casa (mientras otras celebridades tenían pasatiempos como la heroína o la destrucción de cuartos de hotel, la princesa del pop se distraía calculando sus deducibles de impuestos). El día en que Jamie Spears tomó posesión de la casa y estableció su despacho ahí, se deshizo de aquel cuenco, símbolo, vaya imagen, de independencia personal. “Solo quiero que sepas que ahora mando yo”, le hizo saber su padre mientras la cantante se quedó mirándolo sin idea de qué hacer.

“Ahora yo soy Britney Spears”, dijo para terminar. ~

EDUARDO HUCHÍN SOSA es músico, escritor y editor responsable de *Letras Libres* (México). Su libro más reciente es *Calla y escucha. Ensayos sobre música: de Bach a los Beatles* (Turner, 2022).

Philippe Sands: “Los británicos no saben que su gobierno deportó a miles de chagosianos”

por **Ricardo Dudda**

En *La última colonia* (Anagrama, 2023), el abogado internacional Philippe Sands, autor de *Calle Este-Oeste* y *Ruta de escape* entre otros libros, cuenta su implicación en un caso de descolonización que todavía enfrenta hoy a Mauricio y Reino Unido en los tribunales internacionales. En 1965, cuando Mauricio todavía pertenecía a Reino Unido, los británicos cedieron a Estados Unidos un pequeño archipiélago para crear una base militar, la actual Diego García. Los estadounidenses exigieron que se vaciaran también las islas aledañas. En 1968, Mauricio obtuvo su independencia, pero sin ese archipiélago. Hoy Mauricio todavía no ha podido recuperar esas islas, y miles de sus habitantes autóctonos no han podido volver.

¿Cómo empezó a trabajar para el gobierno de Mauricio? En *La última colonia* dice que el primer ministro del país había leído su libro sobre Irak y quería que lo representara en un caso contra Reino Unido.

Quería a alguien que no tuviera miedo de denunciar a su propio país. Tengo dos nacionalidades, británica y francesa. En Reino Unido da igual si actúas contra tu propio país; en Francia es algo inaceptable. Actué

contra Francia en los años noventa, contra sus tests nucleares, y todavía no me han perdonado. Los británicos son mucho más relajados al respecto. Y tengo la impresión de que España sería más como Francia.

El primer ministro de Mauricio había leído mi libro *Lawless world. Making and breaking global rules*. A mí me preocupaba que ese libro tan crítico me impidiera trabajar, y ocurrió lo opuesto. Generalmente solicitaron mis servicios países más desfavorecidos. Es muy interesante, al menos en mi experiencia, cómo uno escribe un libro y ese libro tiene efectos inesperados. *Lawless world* me llevó a *La última colonia*; *Calle Este-Oeste* tuvo como consecuencia que el *Financial Times* me pidiera un artículo sobre Ucrania y el derecho internacional [también publicado en *Letras Libres*, el 24 de febrero de 2022: “No puede haber impunidad para el crimen de agresión contra Ucrania”] que condujo al debate sobre crear un tribunal especial para juzgar esos crímenes. Es un ejemplo de que las ideas importan.

Sus libros y escritos también sirven como “prueba” en esos casos.

La última colonia se publicó en septiembre de 2022 y el gobierno británico cambió su posición sobre el tema en noviembre de 2022. Al final del libro digo que se estaban produciendo negociaciones. Y están todavía produciéndose y formo parte de ellas. No se me permite hablar de lo que estamos negociando pero no soy pesimista.

Es sorprendente la obstinación del gobierno británico. ¿Por qué se ha negado durante décadas a devolver esos territorios a Mauricio? La isla Diego García, donde se encuentra la base militar estadounidense, tiene un interés geoestratégico. Pero el archipiélago de Chagos no, y está a cientos de kilómetros de Diego García.



Fotografía: Philippe Sands. Otterbox2015 / Wikimedia Commons

Existe el concepto *hibris*. Es un tipo de arrogancia que abunda en la clase política británica desde el Brexit. Quieren agarrarse a lo que les pertenece. Y particularmente Diego García es importante porque es un favor a Estados Unidos. En esas circunstancias temen que si pierden ese archipiélago, no tendrán nada que ofrecer a los estadounidenses. Lo curioso, como digo en el libro, es que Mauricio no tiene ningún problema con que Diego García sea una base militar estadounidense. La base no está disputada. El problema con Chagos es que si Reino Unido cede esas islas desaparece de la ecuación. Su posición se explica por su historial de agarrarse a sus posesiones. No es racional para nada.

Una de las claves de las negociaciones tiene que ver con el estatus del problema. Hay debates sobre si se trata de un conflicto bilateral, entre dos países (y por lo tanto se puede resolver mediante arbitraje), o si se trata de un

problema multilateral, un proceso de descolonización (donde no solo están implicados dos actores).

También está la cuestión de la soberanía. Hubo una disputa sobre este tema que fue bilateral, entre Reino Unido y Mauricio. La Asamblea General de las Naciones Unidas no tiene competencia sobre conflictos bilaterales entre dos países por asuntos de soberanía. Pero la Asamblea General sí tenía competencias sobre la descolonización. La misma cuestión se podía caracterizar como un conflicto bilateral sobre soberanía o multilateral sobre descolonización. Y en una votación en la asamblea en 2017, la mayoría determinó que se trataba de una cuestión de descolonización. Reino Unido rechazó esta idea. Y los tribunales ratificaron que era una cuestión de descolonización.

Hay una tensión constante entre las promesas del llamado “orden internacional” y la realidad.

Van a tener que pasar décadas, siglos, para que el orden internacional de

1945 alcance su estado definitivo. Si el diplomático Ralph Bunche no hubiera escrito lo que escribió en la casa de la ópera de San Francisco en el verano de 1945¹, no habría habido un texto y no existiría la idea de autodeterminación. Y si vamos más adelante, en 1960 se aprobó una resolución para amplificar esas ideas y aparece sobre el papel la cuestión de la integridad territorial. Y cincuenta años después hay jueces que tienen en cuenta eso. Para mí lo más fascinante es cómo unas palabras en un papel cobran vida y tienen sentido jurídico décadas después.

También influyen mucho los cambios políticos, que dan lugar a diferentes interpretaciones de lo escrito. Sin embargo, los británicos, tanto laboristas como conservadores, han pensado siempre lo mismo sobre Chagos: ni hablar de devolverlo a Mauricio.

El conflicto empezó con Harold Wilson, que era laborista. Y el gobierno laborista de Gordon Brown probó la estrategia de convertir el conflicto en una cuestión medioambiental, al defender que esa zona debía permanecer vacía para proteger sus corales. El gran cambio se produjo en noviembre de 2022 con el gobierno conservador de Liz Truss. Es un problema que va más allá de la ideología.

¿Qué papel jugó el Brexit? Los partidarios de la salida de Reino Unido de la Unión Europea hablaban mucho de soberanía, había un discurso nostálgico del Imperio británico...

Creo que este caso no habría llegado a los tribunales internacionales sin el Brexit. En 2017, Mauricio fue a la Asamblea General con la Unión

Africana y pidió que se consultara al Tribunal de La Haya si su problema podía ser considerado un caso de descolonización. Como Reino Unido estaba colapsando, su autoridad fue puesta en entredicho. Y los veintisiete países de la Unión Europea le retiraron el apoyo en esa cuestión. El apoyo a Reino Unido al respecto ha desaparecido por completo. Si no se hubiera producido el Brexit este caso habría sido aún más complicado. Es indudable que el Brexit ha debilitado a Reino Unido.

Es sorprendente cómo describen los políticos británicos a la población de Chagos.

Cuando descubrí este caso revisé mis libros escolares, que hablaban de la grandeza de Reino Unido frente a la bajeza de Gandhi, por ejemplo. Es lo que nos enseñaban. Es lo que explica por qué los británicos no saben que su gobierno deportó forzosamente a miles de nativos chagosianos que todavía no han podido volver a sus hogares.

Ha mencionado antes la cuestión medioambiental. El gobierno británico buscó cualquier excusa, incluso la protección de los corales del archipiélago, para no devolver a los habitantes de Chagos sus tierras.

El ministro de exteriores de entonces, David Miliband, dijo a la Cámara de los Comunes que la base de Diego García no se había usado para “rendiciones extraordinarias”² durante la guerra de Irak. Pero luego se descubrió que sí se usó para eso en dos ocasiones. Entonces el gobierno de Reino Unido buscó una manera de recuperar la reputación perdida de Diego García. Y se les ocurrió

la idea de crear un área de protección marítima, en un acto obvio de *greenwashing*. Es un buen proyecto, pero poco después salieron los papeles de Wikileaks. Y entre los millones de documentos que se filtraron hay varios sobre Diego García. En uno de ellos un diplomático británico confiesa a los estadounidenses que la idea del área de protección marítima es para que los habitantes de Chagos no puedan volver a sus islas.

¿Qué opina la población británica de esto?

Les da igual. Escribes un libro sobre nazis y todos los periódicos del país quieren entrevistarte, escribir sobre ti. Escribes sobre la historia colonial del país y el nivel de interés se reduce radicalmente. La moraleja de la historia es: los británicos no quieren conocer los aspectos negativos de su pasado. Por otro lado, el interés que tiene este tema en otros países (en Francia, en España, en Italia) es enorme, porque les interesan los horrores que cometieron otros, no los que cometieron ellos. He comprendido por qué a los británicos les gustan tanto las historias de nazis, y es porque les hace sentir mejores personas, porque les confirma que hubo quienes hicieron cosas mucho más terribles que ellos.

¿Teme el gobierno británico un “efecto dominó”, que si cede en la descolonización de un territorio, otros querrán seguir el ejemplo? Gibraltar, por ejemplo, sigue siendo una colonia según la ONU.

Hay informes de *think tanks* de derechas que defienden que Reino Unido no debería abandonar la ocupación de sus territorios en Mauricio porque eso afectaría al caso, por ejemplo, de las Islas Malvinas. Es un argumento pésimo, porque es una situación completamente diferente.

Los defensores del Brexit estaban obsesionados con el rol del Reino Unido en el mundo. Son posiciones

1 Bunche fue asesor de la delegación estadounidense enviada para negociar la Carta de las Naciones Unidas y uno de los principales impulsores del proceso de descolonización en la posguerra.

2 El concepto “rendición extraordinaria” se refiere es el desplazamiento de presos acusados de terrorismo a territorios fuera de Estados Unidos o Reino Unido para su tortura o encarcelamiento.

muy inseguras y narcisistas, están obsesionados con proyectar una imagen de grandeza. Y grandeza implica tener territorios de ultramar, como Gibraltar. Y sin embargo el caso de Chagos no tendría ningún efecto sobre Gibraltar.

En la última votación en la Asamblea General de la ONU sobre la descolonización de Chagos, los únicos países que votaron en contra, aparte de Reino Unido, fueron Hungría, Israel, las Islas Maldivas y Australia.

El caso de Australia es porque son aliados militares. Hungría es porque básicamente tiene un gobierno semi-fascista y no quiere que el Tribunal de La Haya gestione ese tipo de cuestiones. Israel porque teme las consecuencias de una decisión así, el derecho al retorno, la ocupación colonial. El caso de Maldivas es básicamente político. Hace unos años el expresidente de Maldivas organizó una reunión de su gabinete de ministros bajo el agua para protestar contra el cambio climático. Después de esto fue derrocado en un golpe de Estado y encarcelado; y dice que su liberación posterior fue gracias a los británicos.

¿Cuál es la situación de las negociaciones hoy?

Hay negociaciones desde enero de 2023. No soy pesimista, creo que se va a resolver, que Mauricio va a poder ejercer su soberanía, va a otorgar el derecho al retorno de los deportados y se creará un área marítima protegida con verdadero estatus legal. Y también la base de Diego García permanecerá. Ese sería un resultado en el que todos saldrían ganando.

A algunos conservadores británicos les preocupa el efecto dominó de la descolonización de otros territorios británicos. Pero también si gana el caso de Chagos puede haber consecuencias

sobre la cuestión de la autodeterminación.

El otro día hice una entrevista en la televisión catalana y me preguntaron sobre la autodeterminación de Cataluña, y cómo funcionan los casos de autodeterminación y cómo se decide quién puede ejercer ese derecho. En el caso de Mauricio, la Corte Internacional dice que es todo Mauricio el que decide sobre el derecho a la autodeterminación de Chagos, no solo los habitantes de Chagos. Y esa es la postura de la ley internacional. Sobre Quebec en Canadá, el Tribunal Supremo dijo que es toda Canadá la que tiene que decidir si Quebec puede expresar su opinión sobre su autodeterminación, y algo parecido ocurre en Escocia: es Reino Unido el que tiene que decidir si Escocia puede votar sobre su autodeterminación. Y lógicamente la ley internacional sobre el caso catalán es que solo cuando España decida que Cataluña puede decidir sobre su autodeterminación podrá haber una votación. Hasta que todo el territorio no permita que ese voto sea posible, la región no puede ejercer ese voto. Es lo que pasó en Escocia: Westminster permitió que se votara en Escocia, pero yo desde Londres no podía votar.

Al final del libro hablo de cómo los habitantes de Chagos están divididos. Hay algunos que viven en Mauricio y les parece bien esta solución; otros en Reino Unido quieren seguir formando parte de Reino Unido. Y luego hay otros que incluso dicen que Chagos debería ser un país independiente. Pero la Corte Internacional es muy clara: Mauricio era una colonia británica en 1965, una parte de la colonia fue desgajada y por lo tanto es la totalidad de Mauricio la que tiene que decidir el destino de Chagos, no solo los habitantes de Chagos. ~

RICARDO DUDDA es periodista y miembro de la redacción de *Letras Libres*. Es autor de *Mi padre alemán* (Libros del Asteroide, 2023).

Láminas de tiempo

por **Mariano Gistáin**

Las personas que se ofrecieron voluntarias para participar en la serie de experimentos que han culminado en este gran hallazgo siguen con sus vidas y no se han reportado problemas más allá de algunos incidentes menores. La mayoría ha aceptado desligarse de sus personas derivadas.

Es pronto para pronosticar utilidades prácticas, aunque a nivel teórico y filosófico tanto el concepto como la ejecución y los primeros resultados han suscitado ya un vivo debate en el ámbito que le concierne.

Este informe confirma que finas láminas del tiempo de vida de una persona se pueden aislar y tratar por separado. La primera finalidad de este mensaje, una vez declarado el éxito de las pruebas, es conseguir financiación; la segunda, comunicar los resultados a las personas que se prestaron voluntarias y compartir con ellas algunas cuestiones no previstas en el proyecto inicial.

Se desvela que la vida, en este caso humana, se puede descomponer en unidades de tiempo inferiores al segundo; se reconoce que los medios disponibles no permiten seccionar fragmentos más finos porque, según explican los equipos que han logrado esta proeza, al bajar de unos milisegundos se deshace el contenido y las lonchas son inconsistentes. De todas formas confían en seguir avanzando en el procedimiento siempre que obtengan la financiación que es el objetivo de este anuncio.

Por ello urge rebajar la euforia y desmentir los rumores que insisten en que la secuencia de tiempo que se



ha conseguido aislar y conservar es menor a la milésima de segundo. La capa más fina de realidad completa obtenida es de varias centésimas de segundo. Por razones de patentes que están en trámite no se puede precisar más el grosor temporal de estas lonchas o tajadas de realidad ni, por supuesto, los métodos utilizados para aislarlas.

La percepción humana capta la vida como un *continuum* de tiempo/espacio; la consciencia no permite, al menos hasta ahora, separar momentos tan breves y, menos aún, observar sus características e interactuar con ellos fuera del flujo vital que hasta la fecha parecía algo inherente a la experiencia humana, cosa que cuestionan estos hallazgos.

Los resultados, siempre provisionales, desbordan de tal manera el proyecto inicial –poco más que una modesta exploración semicientífica del *carpe diem* con fines comerciales– que han disparado las expectativas, lo que obliga a replantear con urgencia la naturaleza y la dimensión de la propia empresa dado que además debe custodiar y mantener los nuevos entes y dotarlos de identidad jurídica. Por otra parte, el hallazgo obliga a revisar el concepto de lo humano o, con más precisión, de la vida.

Al aislar el momentum en condiciones inéditas se ha hecho posible contemplar, evaluar y conservar la vida en una lámina de tiempo sin que por ahora –todo es muy reciente– se haya verificado deterioro, desgaste o, tal como se preveía y como en apariencia ocurre en la vida normal (a otra escala), desaparición.

Esta asombrosa propiedad de la conservación sin merma, avalada por lo que luego se dirá, invita y obliga a explorar una hipótesis que ciertamente excede las pretensiones que inspiraron el experimento: ¿y si los momentos que componen la vida tuvieran entidad propia e incluso fueran independientes y solo la forma natural y muy limitada de acceder a ellos –digamos los sentidos, la consciencia o el vídeo– explicara la continuidad que venimos dando por *natural*?

Estas explicaciones preliminares tienen la función de dosificar el impacto de la revelación que ha surgido en el curso de las pruebas y que es la siguiente: *El fragmento de tiempo de una persona contiene entera a esa persona.*

O bien: *Las personas que han donado y a las que se ha extraído una lámina o fracción de su tiempo están completas en esa loncha de menos de un segundo.*

Una vez asimilada esta evidencia es fácil invocar la obviedad de que cada

célula, con dos excepciones, contiene todo el ADN nuclear. Pero esta analogía no ayuda a explicar cómo puede aguantar una persona completa atrapada en un fragmento de tiempo menor de un segundo. Los procedimientos deben permanecer en secreto, pero incluso para las personas y máquinas que los han ideado y ejecutado hay aspectos inexplicables, algo que por otro lado es consustancial a estas materias y al universo en general.

La hazaña fortuita añade un nuevo ingrediente que es inexcusable nombrar: una vez aisladas esas fracciones de tiempo personal, y ya verificadas su conservación y vitalidad, ha sido un paso natural establecer comunicación con las personas que habitan o producen esa fracción de vida y que, aun siendo herederas o derivadas de las que se prestaron a participar en el experimento, han adquirido –o mantenido– vida propia, independiente de sus originales.

Renuncio a reclamar a la persona de la que se obtuvo el fragmento de tiempo en el que vivo, así como a la empresa que ha realizado la separación y conservación de esta lámina de tiempo, sea cual sea la naturaleza de ambas y la mía, ahora y en el futuro.

Una vez aceptada esta renuncia se procede a grabar la conversación con los seres que viven en sus láminas de tiempo. Lo más significativo es que se encuentran bien y manifiestan que en su entorno el mundo está completo y no detectan las limitaciones que se presumen desde el exterior. Para resumir: en ese ambiente el tiempo es corto pero el espacio es infinito (la lámina, si bien delgada, no tiene límites), lo que, según dicen, compensa.

Las nuevas personas no exigen identidad jurídica humana, nacionalidad, etc. Si a la publicación de este informe no han surgido inversores, clientes o socios se procederá al borrado total. ~

MARIANO GISTAÍN es escritor. Lleva la web gistain.net y el blog *Veinte segundos en 20 minutos*. En 2019 publicó *Se busca persona feliz que quiera morir* (Limbo Errante).